

**PALABRAS DE RUBÉN BONIFAZ NUÑO,
COORDINADOR DE HUMANIDADES, EN
LA CEREMONIA CONMEMORATIVA DEL
PRIMER CENTENARIO DE LA BIBLIOTECA
NACIONAL. NOVIEMBRE 30 DE 1967**

HABÍA TERMINADO EL trabajo de las armas. Sobre el territorio ensangrentado y empobrecido, un pueblo victorioso esperaba, con el establecimiento de la paz, que advinieran la libertad y la justicia. Y ese pueblo, por medio de grupos cada vez menores de hombres, iba subiendo su esperanza, como por los escalones de una pirámide, hacia un hombre que, de pie en la última cima, los veía a todos, y a todos los reunía, y era la boca y el corazón y la conciencia de todos.

La restauración de la República entre nosotros, hace cien años, no fue solamente el restablecimiento de principios o consecuencias o de afanes luminosos que habían sido oscuramente reprimidos. Fue ciertamente, en muchos casos, realización de principios y deseos proclamados durante años cruentos de luchas y tinieblas; en otros, afirmación de valores logrados por el genio de exasperados y hambrientos héroes y santos populares, que hicieron arder el pensamiento humano en medio del terror de lo sobrenatural engendrado por la ignorancia. Pero, sobre todas las cosas, la restauración de 1867 fue fundación. Fundación de la libertad, sobre el aniquilamiento final de la colonia; fundación de la vida sobre el ejercicio de la conciencia; fundación de la moral sobre el saber, que es lo mismo que el deber; fundación de un espíritu nuevo, sobre nuevos sistemas de educación. Fundación, en último término, de un pueblo sobre la libertad, la vida, la moral y el espíritu, y también, en suma, fundación de la cultura y los valores en el interior de cada hombre.

Ya desde 1833, vislumbrando en sí mismos las exigencias de esos valores y de tal cultura, los precursores se habían sentido impulsados por la necesidad de que México tuviera una biblioteca nacional pública; quisieron crearla entonces, mediante un decreto que no llegó a tener ejecución; poco tiempo después, en el año de 1846, José Mariano Salas expidió una ley que la erigía de nuevo. Y nuevamente la fuerza que pugnaba por arrastrar a nuestro país hacia la desigualdad y el retraso y la humillación, implicados en un pasado que se resistía a desaparecer, fue suficiente a suprimir el surgimiento emancipador. Por fin, y como un resultado natural de la acción

continuada de los mejores de nuestros hombres hacia el saber y el progreso, pareció poder sostenerse, en 1857, la posibilidad de que el pueblo de México dispusiera de un lugar donde le fueran ofrecidas, de manera inmediata y eficaz, las herramientas de conocimiento provenientes de la indispensable tradición, y de las modernas direcciones espirituales que vuelven a aquélla susceptible de ser asimilada y aplicable.

Pero las fuerzas contrarias no pueden admitir que están derrotadas, y en una desesperada convulsión, levantan, más terrible que nunca, su cabeza oscura. Y atacan.

Y nuestras fronteras son invadidas por la matanza y la mentira y las persecuciones, y se agita dentro de ellas el hervidero de la traición y el imperio trata de asegurarse, y muerde y desgarrar.

Llegan entonces los años de la última batalla. Maximiliano, al mismo tiempo que combate y desangra y asesina en los campos el cuerpo de los servidores de la patria, retira y encajona los libros que sustentaban el espíritu de los mismos, para asesinarlo o desangrarlo o combatirlo. Son los años de la gran batalla, aquéllos donde la fraternidad de las armas echa las raíces de la fraternidad en la conciencia independiente, y en la tolerancia y el trabajo, que originan la paz y el progreso.

Así, quitar un libro de la mano del hombre que leía, era un hecho paralelo al de fusilar al hombre que llevaba en la mano las armas para defender lo que le era preferible a la propia vida. Pero llegó la victoria. El pueblo se hizo la victoria, y quiso darse a sí mismo lo que había conquistado.

Juárez lo sabía. Al considerar los motivos que imponían la urgencia de expedir una ley de instrucción pública, dice que el medio más seguro y eficaz de moralizar al pueblo y de establecer de una manera sólida la libertad y el respeto a la Constitución y a las leyes, es difundir en él la ilustración; y al restaurar, hoy precisamente hace un siglo, en un acto que era también creación, nuestra Biblioteca Nacional, afirmó definitivamente uno de los medios principales para que esa difusión sea realizada.

Porque una biblioteca no es un sitio donde los ahíncos de la razón del hombre se guarden y permanezcan y descansen; no es el lugar en que la herencia óptima del pasado quede acumulada como las banderas inertes de una conquista gloriosa.

Es, por el contrario, un organismo viviente; es la cultura en acción, dispuesta a llegar a los cauces profundos del espíritu, y a mo-

verlo y a transformarlo y a construirlo. La biblioteca es la tierra enriquecida que envuelve y alimenta las raíces hondas del alma, y endurece y hace robusto su tronco, y se ensancha por sus ramas, y madura y acendra sus frutos aéreos.

Y el pueblo que lee es el pueblo que sabe, y el saber es la paz interna y externa de la comunidad humana, y la paz hace nacer de sí misma, con los esfuerzos de un trabajo incesante y sin término, la libertad y la justicia.

Decía Julio César, que entendía el poder como ambición, que aquél sólo puede conseguirse mediante una fortuna y un ejército que mutuamente se vayan incrementando; sobre esa afirmación, instituyó la dictadura. Benito Juárez, que comprendía que el poder es servicio, sabía que aquél sólo puede permanecer cuando proviene de una libertad y una cultura que se acrecienten entre sí.

Y en ese conocimiento fundó la República. Y en ella vivimos nosotros.

El primer libro de la Biblioteca Nacional fue el "Código de Comercio" de 1829, que se conserva en el archivo de la institución. Este libro fue el primero de una serie de obras que se fueron adquiriendo a lo largo del tiempo, gracias a la generosidad de algunos señores y a la compra de libros por parte del gobierno.

En 1829, el entonces presidente de la República, Vicente Fox, creó la Biblioteca Nacional de México, que se estableció en el edificio de la Secretaría de Hacienda. Desde entonces, la biblioteca ha crecido y se ha enriquecido con el paso de los años, gracias a la compra de libros por parte del gobierno y a la generosidad de algunos señores.

Después de la independencia, debido a las contiendas revolucionarias, muchas bibliotecas fueron destruidas o perdidas, y con ellas se destruyeron algunas obras importantes, entre ellas la Nacional de México y la de Veracruz.

Tras el triunfo de la Revolución, se creó la Secretaría de Educación Pública, que se encargó de la gestión de la Biblioteca Nacional de México y de las bibliotecas estatales.

¹ Colección desde el 12 de febrero de 1927.

